Más de una vez hemos oído alegar para no celebrar Misas fúnebres, ó bien para no concurrir á ellas, el que son demasiado largas y que cansan á los asistentes. Si éste es un pretexto, conviene no dar fundamento para aducirlo. Hace poco pudimos observar en París que ninguno de los invitados á un entierro ó á un casamiento dejaba de estar en toda la función, aun cuando fuera larga. Sería pasar por incivil ó poco amigo del difunto, el quedarse, como entre nosotros, á la puerta ó alrededor del templo, haciendo ordinariamente tal ruido con la conversación, que llega á ser molesto á los que oyen la Misa y oran en su interior. Mejor fuera sin duda no tomar parte alguna en los casamientos ó en los entierros si no se ha de acompañar con espíritu de fe á los que celebran actos tan importantes.

Si el cristiano cumple los deberes de la oración en cualquiera parte, preferimos orar en presencia de las imágenes del Salvador, de la Santísima Virgen ó de los santos. De aquí el esmero con que la Iglesia desde los primeros siglos ha cuidado de conservar las sagradas imágenes. Grato es encontrarlas á cada paso en las catacumbas de Roma, pintadas por los mártires. Recomendamos á nuestros amados fieles el decorar sus habitaciones con piadosas imágenes y desterrar de ellas las que puedan inspirar ideas impuras ó paganas. Mucho hemos celebrado al recorrer nuestra diócesis el encontrar en no pocas comarcas signos exteriores de religión y de piedad, que revelan la fe del pueblo y su amor á Jesucristo y á los santos.

Se puede juzgar del espíritu religioso de un país recorriendo su territorio. ¡Qué diferencia entre el aspecto de una parroquia fervorosa, fiel á su Dios, y el de un pueblo que ha abandonado las prácticas de la religión! En Italia, en España, en las márgenes del Rin, y aun en la Rusia cismática, aparecen á cada paso en los caminos imágenes

piadosas que os saludan con cariño y que os elevan á Dios mostrándoos el cielo. Muy distinta impresión se recibe en los países protestantes, y, sobre todo, al entrar en sus templos vacíos, cual edificios sin gente, tristes, desolados, fríos, sin signo alguno que os recuerde la eterna vida, sin guía que os señale el camino. No pudimos disipar esta triste impresión bajo las hermosas bóvedas de San Pablo de Londres. Se divisa allí un horizonte sobre el que jamás se levanta el sol que ilumina las almas ó refrigera los corazones.

Conservad, amados fieles, en vuestras casas y, sobre todo, en vuestros dormitorios, las piadosas imágenes heredadas de vuestros mayores. Quizás ante ellas recitasteis en vuestra infancia las primeras oraciones de vuestra vida. Ellas son el más precioso adorno en el santuario de la familia. Os hablan con amor, os reconocen desde largo tiempo y os recuerdan días felices de inocencia y de amor. Ese Cristo, esa Cruz consolaron á vuestra madre al morir y la empapó con sus postreras lágrimas. ¿Podríais mirarla con indiferencia? Acostumbraos á adorarla, á amarla, para que en el día tremendo, que quizás no tardará, os sirva también á vosotros de grato consuelo. La presencia habitual de estas santas representaciones piadosas ejerce sobre el alma una acción santificadora; le alcanza fuerza, valor, esperanza y consuelo en las diferentes situaciones de la vida, y enseña á moderar las alegrías y los placeres cuando el hombre se siente tentado á entregarse á ellos con culpable intemperancia.

Encargamos á los párrocos no permitir el que fácilmente se cambie en sus feligresías, por espíritu de innovación, la advocación ó título con que el pueblo acostumbre honrar á la Santísima Virgen. Donde haya devoción á la Virgen con el nombre del Carmen, de Purísima, del Rosario, etc., no debe autorizarse un cambio que nada conseja, sino que

se ha de fomentar el culto tradicional. Igualmente recomendamos no cambiar sin graves motivos aquellas antiguas imágenes que el pueblo está acostumbrado á reverenciar, aun cuando parezcan mejores las nuevas. Es grato á los fieles encontrar siempre en los altares imágenes que contemplaron en su infancia, y su piedad les recuerda frecuentemente las gracias que allí recibieron. ¿Quién se atrevería á cambiar la imagen veneranda de Nuestra Señora de Andacollo, por ejemplo, por otra, aun cuando fuera un dechado de belleza escultural? ¿No sería dar muerte á esta insigne y antiquísima devoción? Los párrocos innovadores más de una vez han tenido que arrepentirse.

Las imágenes del Redentor y de los santos son á veces reemplazadas por cuadros profanos ó sensuales. Estatuas mitológicas de seres que no existieron y que sólo representan vicios, ocupan en el hogar cristiano el lugar que ennoblecían imágenes, retratos de los héroes cristianos. Éstas nos recuerdan heroicas virtudes, ciencia, valor, caridad, con que han honrado á la raza humana; apuéllas, sólo crímenes ó fantasía de los poetas paganos. No se permite colocar la Cruz del Redentor, la insignia más gloriosa, aun humanamente considerada, y se intenta derribar la estatua de la Madre de Dios, amor del cristiano. Se mira cual progreso artístico el decorar los paseos públicos ó los salones con dioses paganos, y aun con bacantes desnudas que desafían el pudor.

No: protestad con vuestro ejemplo, amados fieles, contra esas tristes tendencias y alzad sobre vuestras casas al menos la señal, la bandera, el símbolo que nos distingue de los judíos, mahometanos é idólatras, esto es, la Cruz de nuestro divino Salvador. Ningún otro signo hay más glorioso. Ella reúne bajo sus brazos todos los siglos y explica al mundo antiguo y al mundo moderno su historia. Ella ha salvado al uno con la esperanza, y civilizado al otro con

la fe. La que era señal de vergüenza, de humillación y de desgracia se convirtió en signo de honor, de grandeza y de consuelo al contacto sagrado del divino Redentor.

Es antigua y piadosa costumbre el colocar á los pies de la Cruz el agua santa ó bendita, que bien puede recordarnos el agua que brotó del costado del Redentor al golpe de la lanza que hirió su corazón divino; *et continuo exivit sanguis et aqua*[1]. Esta piadosa costumbre del agua bendita es, según San Basilio, del tiempo de los apóstoles[2] y se cree que á ella se refiere San Pablo cuando dice: *Toda criatura se santifica por la palabra de Dios y por la oración*[3].

Son hermosas las oraciones con que cada domingo bendice la Iglesia el agua mezclada con sal y destinada á purificar nuestras almas preservándolas de la currupción. Dice así: «¡Oh sal, creación de Dios, te exorcizo en nombre del Dios vivo, del Dios verdadero, del Dios santo, del Dios que por medio del profeta Eliseo te hizo arrojar á las aguas para hacerlas salubres, á fin de que seas para los fieles fuente de salud y procures á cuantos gusten de ti la salud del alma y la salud del cuerpo, huya el espíritu inmundo, desvanézcanse su astucia y su malicia en todos los lugares en que seas derramada; y esto en nombre de Aquel que vendrá á juzgar á los vivos y á los muertos y al mundo por el fuego! Así sea.»

De este modo nos enseña la Iglesia que el agua bendita tiene el gran poder de ayudarnos á sanar el alma y el cuerpo, ahuyentar al demonio, contribuir á la curación de los enfermos, atraernos en todas ocasiones la presencia y el auxilio del Espíritu Santo y borrar los pecados veniales. Así vemos que la Iglesia hace uso del agua bendita en todas sus bendiciones y ceremonias, en los hombres, en

---

[1] Jo. 19, 34. [2] De Spiritu Sancto c. 27. [3] 1 Tim. 4, 4—5.

las criaturas y en los muertos, á fin de excitar en nosotros sentimientos de contrición, de caridad y devoción. Ella la conserva cual baño saludable á la entrada de sus templos, para que nos purifiquemos antes de pisar los atrios del Señor, como se purificaban los judíos al acercarse al lugar santo. Conservadla pues en vuestras casas, cerca de vuestro lecho y signaos con ella antes de entregaros al reposo, con lo que quedaréis fortalecidos con la gracia del cielo y os libraréis de todo peligro, y restableceréis en vuestras almas la imagen de la Trinidad santísima, á cuya semejanza hemos sido criados.

Muchas otras costumbres piadosas desearíamos recordar todavía. Pero, deseando no alargarnos demasiado, insistimos con todo empeño, al terminar, en la conveniencia de conservar la bella costumbre de usar las mujeres un traje especial al ir á orar al templo; lo que inspira gran devoción. Queremos alabar la conducta de aquellas buenas cristianas que nos han ayudado siguiendo nuestros consejos, más de una vez repetidos. Quisiéramos también convencer á otras que, engañadas por lo que han visto en otros países, intentan desterrar tan bella costumbre, digna de toda alabanza. Desde que sale de casa la mujer chilena va, haciendo acto de fe y de religión, modestamente cubierta con negro manto y recordando á todos á su modo que ha llegado la hora de la oración y del sacrificio. Nada hay comparable al aspecto que entonces presentan nuestros templos, cumpliendo las mujeres con el precepto de San Pablo de orar *velato capite*[1], cubierta la cabeza con velo, orden que poco después renovó San Lino papa, inmediato sucesor de San Pedro. «Mandó, dice el Breviario Romano[2], que ninguna mujer pudiera entrar en la iglesia sin cubrirse la cabeza.»

[1] 1 Cor. 11, 5. [2] Brev. Rom. 23 setiembre.

En conformidad con esto, España nos legó la costumbre nacional que por fortuna hoy existe y que nos hemos de empeñar por conservar á pesar de lo que se hace por abolirla. En ciertas reuniones religiosas, como en los casamientos, se buscan medios de eludir ó disimular el traje de etiqueta para asistir al templo; lo que hemos de impedir conservando nuestras costumbres, sin cuidarnos de que en otros países se haga de otro modo. Esos países bien pueden envidiarnos en esto.

Tristísima impresión nos han causado aquellas reuniones religiosas en que el aspecto del templo en nada se diferencia del del teatro. Un hábil compatriota nuestro que ha desempeñado puestos elevados en el extranjero, nos felicitó á vuelta de viaje por conservarse la costumbre chilena del traje de iglesia usado por la mujer. «Allí, nos decía, donde se ha suprimido el manto, ha ido desapareciendo en el pueblo la observancia de la religión. En América las modas son exageradas, y sólo va á la iglesia la mujer rica que puede cambiar de vestido cada domingo, lo mismo que para ir al teatro ó al baile. La mujer pobre prefiere quedarse en casa á verse humillada; lo que es muy natural. Tampoco va al templo la que en momentos de desgracia se siente dominada por las lágrimas. Entre nosotros la mujer pobre ó la esposa afligida y desolada, se cubre con su manto sencillo y va á buscar el consuelo al pie de los altares sin que nadie sino Dios la observe. No sería lo mismo si hubiera de presentarse con los atavíos mundanos.»

Pero, se dice que se abusa del manto; y ¿de qué no se abusa? ¿no se abusa igualmente de todos los otros trajes?

Antes de terminar os aconsejamos que os empeñéis en atraer á los fieles á su parroquia por cuantos medios estén á vuestro alcance. El feligrés debe amar á su cura é interesarse por su parroquia, concurriendo con preferencia á

sus funciones. Conviene que en ella reciba todos los sacramentos, desde el bautismo hasta la última unción, y las postreras preces. Para conseguir este amor á la parroquia, sed exactos en las horas de las Misas, de modo que nunca tengan que esperar inútilmente; colocad cómodos asientos, en particular para los hombres, que en muchas partes no encuentran dónde ponerse, y jamás, por motivo alguno, permitáis que se cobre nada por el asiento, que siempre ha de ser gratuito. Cuando el célebre cardenal Pie, obispo de Poitiers, saludó en el Concilio Vaticano á mi venerado Predecesor, el Ilmo. Sr. Valdivieso, le preguntó: «Monseñor, ¿se pagan los asientos en vuestros templos?» Y, cuando oyó que no, agregó: «Pues entonces se conservará la fe en el pueblo. Entre nosotros el centavo del asiento la va perdiendo.»

Leed, amados párrocos, en vuestras iglesias la presente Pastoral, explicándola por partes según el tiempo lo permita, y Dios, testigo de vuestros esfuerzos, os colme de bendiciones, como cada dia se lo pide vuestro obispo.

Dado en Santiago, el 4 de marzo, primera Domínica de Cuaresma de mil novecientos.

MARIANO,
Arzobispo de Santiago.

Por mandado de Su Señoría Ilma. y Rma.

MIGUEL CLARO,
Secretario.

PASTORAL
SOBRE LA CONSAGRACIÓN AL SAGRADO CORAZÓN DE JESÚS.

NOS, MARIANO CASANOVA, etc.

Al clero y fieles de la arquidiócesis, salud y paz en el Señor.

Cor Jesu sacratissimum venite adoremus.
Venid, y adoremos al Corazón sacratísimo de Jesús.

UNO de los más grandes acontecimientos realizados en el presente siglo en orden á la piedad católica, es la consagración del universo al Corazón sacratísimo de Jesucristo, verificada el año último por el Supremo Jerarca de la Iglesia en su memorable encíclica *Annum Sacrum*, que á continuación publicamos. Este acontecimiento ha colmado los antiguos anhelos del mundo católico, que ansiaba ver honrado con glorificación universal y correspondido con júbilo y solemne testimonio de agradecimiento el inefable amor en que se abrasa el más grande, el más perfecto, el más generoso de los corazones.

Hace dos siglos que Jesucristo manifestó á su santa confidente el ardoroso deseo de ver á su Corazón amado y glorificado en todas partes, á fin de que el amor á los hombres en que se consume encontrase ocasión de derramarse en el mundo de las almas como un río caudaloso de gracias y bendiciones extraordinarias. Ese deseo ha sido oído por el mundo, y por eso la devoción al Corazón de